

BAILANDO ENCIMA DE UN VOLCÁN O CÓMO SER COMO SUIZA

Alberto Adrianzén M.

Analista político y sociólogo PUCP

«Así es, por el camino que vamos en poco tiempo seremos como Suiza», me dijo un amigo mientras tomaba su café. Es cierto que lo decía en un tono de burla e ironía. Sin embargo, por esas cosas extrañas que tiene la vida, ese mismo día el periodista y también conductor de un programa de televisión por cable, Jaime de Althaus, publicaba en el diario *El Comercio* (25/08/2006) un artículo que titulaba: «La era de la armonía». El día anterior se había presentado ante el Congreso de la República el Presidente del Consejo de Ministros, Jorge del Castillo, para, luego de una exposición sobre los lineamientos del nuevo gobierno, pedir el famoso voto de confianza.

Para Jaime de Althaus, «el gobierno aprista parece haber descubierto el mecanismo de un poderoso círculo virtuoso: un Estado redimido y eficiente engendra paz social, la que trae más inversión que genera más ingresos para más distribución. Del Castillo ha insistido en la idea de una refundación moral del Estado y de la clase política, para recuperar autoridad y gobernabilidad».

No le falta razón a De Althaus cuando afirma la necesidad de refundar moralmente la clase política y, también, al Estado como un factor importante de estabilidad. Ni el gobierno de Alejandro Toledo ni tampoco el sistema político que emergió tras la dictadura fujimorista, luego de una transición ejemplar y exitosa, lo lograron. Como se sabe, la legitimidad de las instituciones del régimen democrático (Presidencia, Congreso y Poder judicial), pese a tener un repunte los últimos meses, en estos cinco años se fue, como se dice, en picada. Durante este último verano, es decir, en medio del proceso electoral, la aprobación del Congreso fluctuó entre 6% y 10% según la encuestadora Apoyo. El gobierno del presidente Toledo que fue uno de los sepultureros del fujimorismo, terminó así por sepultar, también, las esperanzas de una reforma política antiautoritaria en el país.

Sin embargo, sería un error pensar que solo basta una renovación moral de los políticos y del Estado para estabilizar políticamente al país. Estas últimas elecciones, si se les compara con las de 2001, tienen un cierto parecido: si bien en el 2001 las elecciones se dieron en un contexto de grandes movilizaciones y de rechazo al corrupto régimen fujimorista, lo que colocó a Alejandro Toledo como líder de la oposición y como el principal

aspirante a la presidencia, también tuvo otro componente, el económico. Desde 1997 había crecido no solo el malestar social frente a la política autoritaria sino también el rechazo a la ortodoxia neoliberal. Entre 1997 y el 2000, la pobreza había pasado de 42,7% a 48,4%. A su vez, en valores constante de 1994, el PBI per cápita pasó del índice 112,8 al 110,9.

El 2001 estaban en cuestión el autoritarismo corrupto del fujimorismo y el neoliberalismo económico, no hay que olvidar que la principal consigna de la campaña electoral de Toledo fue «Trabajo»¹. En el 2006 los temas principales seguían siendo el malestar económico frente a un crecimiento que se mostraba «mezquino» en la distribución del éxito y «desdeñoso» con los sectores populares cuando se trataba de repartir, pero también el incremento de lo que se ha llamado la desafección política. El llamado «arequipazo» del 2002 demostró que los malestares económicos, pero también los políticos, no se habían superado y que más bien estaban ahí, se superponían, esperando una representación política.

Por eso la elección de 2006 guarda un parecido de familia con la anterior, con algunas diferencias que es necesario señalar:

- El malestar económico, sobre todo al interior del país, no solo persistía sino que, incluso, había aumentado. El dato es que la pobreza, en estos cinco años, no bajó sustantivamente.
- El malestar político, como muestran las encuestas, también continuó y creció. Ello se refleja en la falta de legitimidad de las instituciones del régimen democrático.

¹ El liderazgo político de Toledo fue evolucionando. A fines de 1999 planteaba «construir el segundo piso» de lo que podemos llamar el fujimorismo económico. En 2000, luego de la destrucción política y electoral de las candidaturas de Andrade y Castañeda por los servicios de inteligencia de Alberto Fujimori, Toledo aparece como el principal adversario del autoritarismo. Al año siguiente, cuando hay nuevas elecciones, se presenta como el heredero de las jornadas antiautoritarias, crítico del programa económico neoliberal y uno de los principales artífices de la caída del régimen autoritario. Por ello fue el mejor candidato. Además, no generaba los miedos que despertaba de un lado Alan García, por lo desastroso de su gobierno de 1985, y de otro la derecha por sus vinculaciones con el pasado fujimorista.

- c) Ningún candidato en el 2001, pese a las críticas enunciadas, cuestionó severamente el modelo económico. En el 2006 ese candidato fue Ollanta Humala.
- d) En las elecciones de 2001, como ha señalado Manuel Córdova en diversas oportunidades, el enemigo político era «externo» al sistema: el fujimorismo. En las últimas elecciones el fujimorismo no era un peligro y menos una opción mayoritaria. Por eso, la polarización, a diferencia del 2001, se produjo al interior de las principales fuerzas políticas que competían por el sillón presidencial.

Es esto lo que explica la suerte que corrió Ollanta Humala. Por un lado, logró expresar y representar estos malestares políticos y económicos que se arrastraban desde el fin del fujimorismo, tanto de los pueblos del interior como de los sectores populares; y por el otro, fue, para determinados sectores sociales y económicos, una verdadera *bete noire* (bestia negra) y el «factor» que polarizó las elecciones y el país.

Como muestran los resultados electorales, el «humalismo» fue una suerte de «toledismo radicalizado». Ollanta Humala no solo ganó en muchas regiones pobres en las cuales Alejandro Toledo había ganado el año 2001 sino que también superó ampliamente su votación. El siguiente cuadro muestra las relaciones entre situación de pobreza y votación por Ollanta Humala:

Cuadro 1
Perú: elecciones presidenciales 2006

DEPARTAMENTO	Pobreza total 2004/ INEI	Primera vuelta			Segunda vuelta	
		UPP	UN	APRA	UPP	APRA
Amazonas	60,9	32,1	13,4	21,7	57,6	42,3
Ancash	55,3	31,0	16,4	31,7	47,4	52,5
Apurímac	65,9	57,3	10,5	13,3	73,8	26,1
Arequipa	40,9	48,4	21,4	15,7	64,5	35,4
Ayacucho	64,9	62,6	9,7	7,2	83,4	16,5
Cajamarca	74,2	28,4	14,3	21,1	51,9	48,0
Callao	(*)	20,5	30,1	30,8	32,0	67,9
Cuzco	59,2	57,1	11,4	14,1	73,0	26,9
Huancavelica	84,4	59,4	8,2	10,7	76,4	23,5
Huánuco	77,6	44,5	12,5	17,4	63,9	36,0
Ica	29,2	27,9	20,6	34,8	40,7	59,2
Junín	52,5	41,0	16,3	14,8	62,8	37,1
La libertad	48,2	15,9	15,7	53,5	27,4	72,5
Lambayeque	46,7	21,7	18,0	37,1	38,7	61,2
Lima	36,6	23,7	34,2	21,8	38,0	61,9
Loreto	62,7	29,8	13,5	17,6	52,7	47,2
Madre de Dios	20,4	46,1	15,4	21,0	59,3	40,6
Moquegua	37,2	42,3	15,6	26,3	53,4	46,5
Pasco	61,6	27,9	11,3	27,8	46,6	53,3
Piura	60,9	26,1	19,9	32,2	44,4	55,5
Puno	79,2	51,6	8,4	19	69,5	30,4
San Martín	57,1	34,7	14,8	21,7	58,7	41,2
Tacna	26,7	48,8	15,3	22,6	60,8	39,1
Tumbes	21,6	23,6	23,3	21,9	46,5	53,4
Ucayali	55,8	33,6	18,6	25,1	49,5	50,4

(*) Las cifras de pobreza en el departamento de Lima incluyen el Callao
Fuente: Encuesta Nacional de Hogares INEI y ONPE.
Nota: Están sombreadas las regiones en las que ganó UPP, el APRA y UN en la primera vuelta. Asimismo, están sombreadas y en negritas aquellas en las que ganó UPP por más del 50%.

La excepción, si se compara la votación de Ollanta Humala con la de Alejandro Toledo, fue Lima. El ejercicio es simple: si no se contabiliza Lima en la segunda vuelta, Humala habría ganado por una diferencia superior a los 400 mil votos. Además, se si se suman las votaciones de Alan García en Lima y La Libertad también en la segunda vuelta, estas representan un poco más de 50% de su votación total. Se puede afirmar, entonces, que las regiones más pobres del país votaron por el candidato Humala².

De otro lado, cabe destacar que la votación de los partidos en estas últimas elecciones, si la comparamos con las del año 2001, fue prácticamente la misma, pese al incremento del padrón electoral y del número de votos válidos. Lo mismo se puede decir si comparamos la votación de Toledo y de Humala, ambos calificados de *outsider* políticos.

Cuadro 2
Elecciones presidenciales 2001 y 2006 (primera vuelta)

Perú: Elecciones 2001

Organización política	Votos	% Votos válidos
Perú Posible	3.871.167	36,5
Partido Aprista Peruano	2.732.857	25,8
Unidad Nacional	2.576.653	24,3
Frente Indep. Moralizador	1.044.207	9,8
Alianza Solución Popular	179.243	1,7
Otros	197.593	1,8
Total de votos válidos	10.601.720	100,0
Votos blancos	1.260.193	
Votos nulos	402.436	
Total de votos emitidos	12.264.349	

Fuente: ONPE

Perú: Elecciones 2006

Organización política	Votos	% Votos válidos
Unión por el Perú	3.758.258	30,6
Partido Aprista Peruano	2.985.858	24,3
Unidad Nacional	2.923.280	23,8
Alianza por el Futuro	912.420	7,4
Frente de Centro	706.156	5,7
Restauración Nacional	537.564	4,4
Otros	451.849	3,7
Total de votos válidos	12.275.385	100,0
Votos blancos	1.737.045	
Votos nulos	619.573	
Total de votos emitidos	14.632.003	

Fuente: ONPE

Como se puede observar, las variaciones entre una y otra elección son mínimas. Incluso el voto válido fue menor para los partidos en esta última elección que en la anterior. Ello muestra, como se ha señalado, que los malestares tanto económicos como políticos en estos últimos comicios no sólo continúan sino que aumentaron, expresándose, incluso, de manera más radical. El

² En realidad, como se ha dicho más de una vez, la votación a favor de Ollanta Humala mostraba claramente la fractura política, económica, social, cultural, étnica, geográfica y regional que existe en el país.

liderazgo de Humala combinó así tanto el rechazo a la llamada «clase política» como también a la política económica (neoliberal) de esos años. Humala representó política y electoralmente el «arequipazo» de años atrás. El «terror» que generó en las clases altas, en los sectores empresariales, en la derecha, en las clases medias y hasta incluso en algunos sectores de la izquierda, no era, por tanto, gratuito. La idea que Humala representaba un cambio radical era percibida por los sectores altos y bajos de nuestra sociedad.

Por eso, luego del triunfo ajustado de Alan García, algunos analistas anunciaron tiempos difíciles por posibles polarizaciones y nuevos consensos políticos. Así, por ejemplo Bruno Revesz³ afirmaba lo siguiente: «Si bien no logró la Presidencia, Ollanta Humala seguirá siendo un rival formidable para García [...], ha contribuido significativamente a la formación de un nuevo consenso social en torno al tipo de crecimiento excluyente generado por la política neoliberal; a la necesidad de renegociar los contratos de estabilidad tributaria con las grandes empresas mineras [...]».

Casi en la misma dirección opinaba Romeo Grompone. En un artículo citado por Bruno Revesz, Grompone señalaba: «Todo indica que en los años venideros vamos a seguir viviendo conflictos de difícil resolución en el ámbito local, en la minería, con los cocaleros [...]. Una probable hipótesis es que Humala lo pueda lograr (se refiere a un nuevo liderazgo político) y cerque al sistema político tanto en el Congreso como fuera de él.»⁴

Hoy, para algunos analistas, estas percepciones, todas ellas válidas en mi opinión, parecen disolverse en una suerte de mar de tranquilidad. Ha pasado ya más de un mes de la toma de mando de Alan García y solo tenemos en el horizonte un conflicto, grave por cierto, el de los campesinos de Cajamarca con la minera Yanacocha⁵. Y sobre los nuevos consensos poco se ha avanzado. El discurso del presidente del Consejo de Ministros, Jorge del Castillo, tampoco anunció grandes cambios. Acaso, el único consenso que hasta ahora se ha logrado es el de fusilar a los violadores de menores, lo que muestra claramente la ausencia de una política de reformas⁶. Se

puede afirmar que por el momento el dato más importante es el continuismo, y también la falta de una oposición política a este gobierno.

Ello ha sido posible por diversos factores que aquí solo anotamos por motivos de espacio:

- a) El «humalismo» está en repliegue como consecuencia de sus evidentes conflictos, primero con su aliado la UPP y luego en sus propias filas, como se muestra hoy día en la bancada parlamentaria nacionalista. A ello habría que sumarle el esfuerzo del Partido Nacionalista por presentar candidatos en las próximas elecciones regionales y municipales de noviembre próximo. Esto último ha obligado al «humalismo» a mirar hacia adentro y a tratar de poner orden al interior de sus filas. Sin embargo, el reto mayor es cómo el «humalismo» pasa de ser expresión de una protesta electoral, que ejerce una suerte de veto político en cada elección, a ser una protesta organizada, y cómo transita de ser una «organización aluvional» a otra institucional. Dicho en otras palabras, cómo se instala para convertirse en una oposición democrática de base popular y provinciana, tanto social como programáticamente.
- b) La llamada derecha y los sectores económicos empresariales participan hoy del gobierno del presidente García. Se podría afirmar que un sector de estas fuerzas han sido cooptados. El asunto es tan obvio que la crítica de Lourdes Flores a lo que se ha venido en llamar «el óbolo minero» tiene como principal objetivo tomar distancia del gobierno para así construir un liderazgo de oposición cuando sus principales aliados (y bases) establecen alianzas con este gobierno.
- c) Las fuerzas regionales que han sido uno de los motores principales de la protesta en las provincias, hoy están ocupadas organizando su participación en las próximas elecciones regionales y municipales. A ello habría que sumar la independencia (por no decir fragmentación) de lo que podemos llamar las elites políticas regionales de los partidos nacionales. Un buen ejemplo es Ayacucho. Luego del aplastante triunfo electoral de Ollanta Humala en esa región, hoy tenemos diez listas que se disputan la presidencia del gobierno regional. En realidad, las elecciones regionales son, acaso, ejemplos paradigmáticos de «transfuguismo» de estas elites regionales y de la

bución extraordinaria de las compañías mineras es expresión de que los problemas siguen latentes.

³ Revesz, Bruno. «La irrupción de Ollanta Humala en la escena electoral peruana». *Revista Economía y Sociedad*, n.º 60. Lima, 2006. p. 44.

⁴ *Ibidem*, p.45.

⁵ No hay que descartar que se presenten otros conflictos con empresas como Plus Petrol, Doe Rum y Antamina.

⁶ Las recientes declaraciones (26/08/06) tanto de Ollanta Humala como de Lourdes Flores respecto a su desacuerdo con la contri-

poca o nula implantación de los partidos en muchas regiones. En ese contexto, es difícil organizar una oposición política centralizada y coherente.

Colofón

Es probable que esta situación de aparente quietud se mantenga hasta fin de año. Las elecciones regionales —y no necesariamente las luchas sociales— serán el terreno en el cual se definan, probablemente, los próximos liderazgos y correlaciones políticas en el país. Sin embargo, sería un error creer que la actual «tranquilidad social y política» es un síntoma de que los malestares que se manifestaron en las últimas elecciones se han disipado y de que los «temores» vividos fueron flor de un día, es decir, un susto pasajero que es mejor olvidar. Hay que recordar que si bien Alan García ganó en la segunda vuelta con los votos de Unidad Nacional, ello no significa que el rechazo de amplios sectores a la política eco-

nómica haya desaparecido. En el triunfo de Alan García más pesó el temor a Ollanta Humala que el continuismo económico.

Tengo la impresión, como se dice, de que estamos bailando sobre un volcán. La «era de la armonía», como ha dicho Jaime de Althaus, está lejos de conseguirse. Para ello se tendría, primero, que escuchar lo que ha dicho una mayoría de peruanos en estas últimas elecciones, y luego, gobernar en función de ellos. Y si bien es cierto es prematuro decir cuál será la dirección de este gobierno, me temo que las primeras señales indican que no se va por ese camino sino más bien por otro que ignora lo sucedido. Sin embargo, mientras la protesta y los malestares no creen una representación política organizada, lo más probable es que vivamos una calma chicha, hasta una próxima explosión, acaso más radical, del volcán. Mientras tanto, como dice el título de una película: ¿bailamos? ■

EN EL UMBRAL DE UN NUEVO GOBIERNO

Heraclio Bonilla

Profesor de la Universidad Nacional de Colombia

El 28 de julio de 2006, el doctor Alan García Pérez, líder principal e indiscutido del APRA, dio inicio a un nuevo gobierno, luego de una ajustada victoria electoral sobre el señor Ollanta Humala en la última ronda de las elecciones presidenciales. Se trata de su segunda experiencia como presidente. Los resultados del primer periodo —entre 1985 y 1990— no convencen ni a sus propios partidarios.

Como candidato, el presidente prometió que si los electores y la Providencia le daban una nueva oportunidad, enmendaría aquellos errores y encaminaría al país por la senda del crecimiento. Ahora tiene esa oportunidad y solo cabe esperar —por el bien del Perú, de su partido y del suyo propio— que alcance las metas que se propone, porque el abismo en el que nos encontramos ha alcanzado sus límites, y es poco probable que la impaciencia y la rabia de la mayoría de los peruanos puedan aplacarse a través de los marcos institucionales que se conocen.

A diferencia del inicio de su primer gobierno, cuenta a su favor con tres factores nuevos: reservas interna-

cionales, una tasa de crecimiento por encima del incremento de la población —para muchos, traducida solo en guarismos de espejismo que no se condicen con un imperceptible «goteo»—, y la extinción de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Incluso las fuerzas de su principal adversario, el señor Humala, empezaron a disgregarse al día siguiente de la primera vuelta, como era de esperarse en formaciones políticas cuyo liderazgo obedece más al oportunismo que a la convicción.

Si esos son los datos nuevos, la continuidad y la permanencia están representadas por la pobreza y la miseria, particularmente visible en las vastas áreas rurales del Perú, de la costa y de la sierra, y cuya población, de manera masiva, tradujo su descontento a través de su inequívoco respaldo electoral a la candidatura del señor Humala.

Esa exclusión, por cierto, no es nueva, porque en su versión moderna se remonta por lo menos hasta mediados del siglo XX, sin que los sucesivos regímenes democráticos que se sucedieron luego del retorno de